

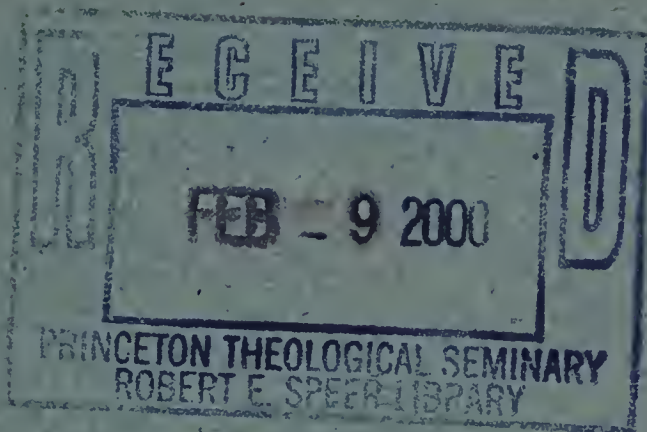


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/mensaje1196unse>

ABRIL · MAYO · JUNIO DE 1963

LAP



MEMORIAL

1

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
DE LA
IGLESIA PRESBITERIANA EN CUBA

==== MENSAJE ====

NUMERO 1

ABRIL-MAYO-JUNIO DE 1963

Editada trimestralmente por el DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
DE LA IGLESIA PRESBITERIANA EN CUBA

Director:
RAFAEL CEPEDA
Apartado 8
Matanzas, Cuba

Administrador:
JAVIER NARANJO
Apartado 57
Matanzas, Cuba

Precios de suscripción:

NUMERO SUELTO \$0.25
ANUAL \$1.00

En este número

Página

Karl Barth Defiende su Posición	2
Puntuaciones, <i>por el Director</i>	3
Palabras Iniciales, <i>Rev. Eduardo Hernández</i>	5
Misión y Naturaleza de la Iglesia, <i>Rev. Sergio Arce</i>	7
La Misión del Laico en la Iglesia de Hoy, <i>Rev. Adolfo Ham</i>	17
Verdades Piadosas, <i>Rev. Francisco García</i>	22
Documento Trascendental	25
Lo que se Dice de Nosotros	28
El Mundo está de Cambio	30

(Las opiniones vertidas en esta revista representan el pensamiento individual de los autores de los artículos, y no el pensamiento oficial de la Iglesia Presbiteriana en Cuba, ni de ninguno de sus organismos).

¿Qué cree usted?

KARL BARTH DEFIENDE SU POSICION

(Estos son algunos de los argumentos que ofrece el famoso teólogo suizo para no combatir al comunismo con los mismos métodos con que él combatió al nazismo, según aparecieron en un artículo publicado por el periódico UNTERWEGS de Berlín. Invitamos a nuestros lectores a opinar brevemente sobre estos argumentos).

1) “El nazismo se representaba y se recomendaba a sí mismo como una especie de Cristianismo modificado. Había en el Socialismo-Nacional de Hitler una magia irresistible, y tuvo que pasar mucho tiempo antes de que pudiera ser desenmascarado, pues aun dentro de la Iglesia encontró apoyo y abogados defensores. Había que decirle NO inmediatamente, y así lo hicimos”.

2) “Muchos pretenden que hoy repitamos el NO con la misma entonación contra la Rusia soviética y sus aliados. ¡Como si tales simples repeticiones ocurrieran en la historia! ¡O como si la Iglesia fuese una máquina automática de producir artículos en serie! Antes dijimos que la Iglesia es —y debe continuar siendo— la Iglesia, y que —por lo tanto— no debe mantener un silencio anti-cristiano. Hoy decimos que la Iglesia es —y debe continuar siendo— la Iglesia, y que —por lo tanto— no debe hablar una palabra anti-cristiana. La misma razón de antes es la razón de ahora”.

3) “¿A qué se nos llama? ¿A combatir al comunismo? Pero es ésta la misión del cristiano? Lo que no sea honesto no debe ser parte de nuestra lucha. Y no es honesto dejar de reconocer que nuestro sistema occidental tiene por lo menos tantos errores como los de los gobiernos asiático-orientales. Tenemos nuestras espinas clavadas en la carne. Los comunistas nos acusan no sólo de hechos no cristianos, sino también de intenciones nada cristianas. Mientras haya verdad en estas acusaciones —y la hay— ninguna declaración ruidosa contra ellos logrará librarnos de nuestra culpa”.

4) “En sus relaciones con el Cristianismo, el comunismo, a diferencia del nazismo, no ha pretendido (y, por su propia naturaleza, sabemos que no lo hará) presentarse al mundo como una reinterpretación del Cristianismo, ni cubrirse con un falso manto cristiano. Este fue el crimen fundamental de los nazis. El comunismo no es anti-cristiano: es no cristiano. Todavía no parece haber encontrado el Evangelio. Es brutalmente atea, pero, al menos, honestamente atea. ¿Para qué cristiano es realmente el comunismo una tentación, como lo fue el nazismo?”

5) “Algo distinto se requiere de nosotros ahora, esto es, “la paciencia y la fe de los santos”, la perseverancia gozosa y el testimonio valiente. Si así lo hacemos, la Iglesia descansa en una roca; puede reírse de todo movimiento atea, y, aunque ellos lo oigan o no —algún día lo oirán—, tiene algo positivo que ofrecer a los sin Dios. De hecho, si tiene el Evangelio de Jesucristo, y no meramente la filosofía y la moral de los sistemas políticos de Occidente, ni un remiendo religioso en lugar de la vida cristiana ejemplar, ni un escapismo místico que suplante la experiencia vital de la fe, entonces la Iglesia será la Iglesia también en el conflicto. Este Oeste”.

PUNTUACIONES, por el Director, que comprenden

1) RAZON DE SER

Esta revista no tiene antecedentes, ni sustituye a ninguna otra, ni pretende desplazar ni reemplazar a nadie. Surge a la vida porque sí, como brota un árbol o nace un niño. Ha sido soñada y deseada por muchos durante muchos años, pero ha habido que esperar hasta la hora del cumplimiento del tiempo. Esta plenitud ha llegado, y aquí está MENSAJE.

La Iglesia de Jesucristo en Cuba está experimentando su "prueba de ácido", y los hombres a quienes el Señor ha llamado para esta prueba estamos "transformándonos por la renovación de nuestro entendimiento". Para nuestro propio beneficio, y para el beneficio de las generaciones que vendrán, deseamos relatar lo que está sucediendo en nosotros y entre nosotros. Digo que relatar, porque lo que pretendemos sencillamente es decir lo que pensamos y sentimos como gente de Jesucristo en medio de esta vorágine revolucionaria. No habrá jactancia, ni ánimos polémicos, ni pujos de superioridad o de soberbia.

Los temas de esta revista serán bíblicos, teológicos y éticos. Los demás asuntos estarán inmersos en estos tres. Bíblicos, porque la Palabra escrita tiene ahora para nosotros nuevas resonancias y matices insospechados. Teológicos, porque es imposible entender esta hora de Cuba sin una perspectiva teológica de "los tiempos y las sazones". Éticos, porque todo lo que aquí se describa habrá pasado antes por el tamiz de las relaciones humanas, en el empeño de actuar como cristianos en todo tiempo y circunstancia.

Por otra parte, sucede que la nueva modalidad de la época que nos ha tocado vivir, con su centralización y su absorbencia, nos aleja a veces de la realidad circundante, del "otro mundo", del que también piensa y siente y vive sus agonías. Lo que deseamos es recoger y transmitir lo que allá se dice, específicamente lo que se dice acerca de nosotros. Es necesario que el pueblo cristiano de Cuba esté bien informado, y que aprendamos a navegar con suficiencia en todo tipo de aguas.

Aunque éste es un empeño del Departamento de Publicaciones de la Iglesia Presbiteriana, MENSAJE será una revista abierta para todos los grupos afines, y aun para todas las opiniones serias y creadoras, aunque fueren discrepantes entre sí. Llamaremos a colaborar a los hombres de todas las iglesias cristianas de Cuba que tengan algo que decir, y que sepan decirlo con honradez y cortesía.

Este primer número recoge las principales contribuciones ofrecidas en la vigésimo-quinta asamblea del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas. Es más bien un experimento, hasta que encontremos definitivamente nuestro tono y nuestra forma de entonar.

Por lo demás, con estas páginas va nuestro saludo fraternal a todos: a los que nos aman y a los que nos desprecian, a los de un bando y a los del otro, a los neutrales y a los indiferentes, porque anhelamos de corazón que todo lo que aquí se publique sirva —de una u otra manera, por la gracia de Dios— para que encontremos la onda más propicia para proclamar el MENSAJE (el único mensaje que merece tal nombre) a un mundo confuso y perplejo, que anhela escuchar nuestra voz reconciliadora.

2) CUBA, 1963

La misión de la Iglesia ha de tener ubicación y dimensión, o se pierde en palabras vacías y gestos intrascendentes. De otra manera, que la misión debe ser tan concreta y tangible como para localizarla, medirla, transformarla y trasladarla. Además, debe constituir una acción polarizada, en el mismo sentido en que se modifican los rayos luminosos por medio de la reflexión o de la refracción, con un propósito ya previsto por el físico. Esta misión polarizada de la Iglesia permitirá que la proyección de sus luces alcance las regiones oscuras y frías, y aun encuadre las sombras distorsionadas.

Veamos la misión de la Iglesia en Cuba. Creo yo que uno de los rayos de nuestra luz debe ser un rayo de conexión, si es que existe tal cosa. Es decir, un hilo luminoso que se anude en ambos extremos y enlace dos polos opuestos, hasta constituir un puente de luminosidad. Porque está la misión interna, la de proclamar el señorío de Jesucristo y testificar victoriosamente en su nombre y para su gloria. Pero está también la misión polarizada, la del rayo dirigido y orientado hacia nobles fines. ¿Sería posible pensar en la misión de la Iglesia cubana también en términos de polarización?

Nosotros, los cubanos, estamos ubicados en una posición hartamente privilegiada. Por un lado está nuestra relación con la Iglesia madre, la de los Estados Unidos de América, además de la relación fraternal con las iglesias hermanas de América Latina. Este contacto ha sido remachado con grapas de amor, y no podrá ser discontinuado por meras circunstancias históricas. Pero está también el hecho de que estas mismas circunstancias históricas nos han acercado al polo opuesto, a las iglesias que viven en regímenes similares al nuestro, situadas en la otra cara del globo terrestre, y con las cuales sólo hemos hecho contactos polifaseados y esporádicos. Se explica: es mucha la distancia, y son muchos los idiomas. Además, es muy joven el régimen socialista cubano, a diferencia de los europeos y asiáticos, que cuentan sus años por docenas. ¿No sería posible concebir —repito— que a la Iglesia cubana le esté reservada la tarea grata de polarizar un rayo de su misión, y con él establecer el puente conexivo que reclama la misión de la Iglesia a un mundo que vive en perenne tensión y tumulto?

Como yo lo veo, ésta no es tarea que puede ser deseada por Iglesia alguna, ni impuesta por una organización eclesiástica, ni forzadas las circunstancias para que se produzca en un momento dado. Tiene que ser así como nos ha venido a los cubanos: cuando Dios mismo nos ha tomado por sorpresa y nos ha dicho que tenemos que realizar una misión con la cual nunca habíamos soñado, y para la cual evidentemente no estamos preparados. (“¿Quién soy yo...? He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz...”). Pero entiendo también que el Dios providente se hace aún más pródigo con los débiles y los pequeños, y en esta confianza podemos comenzar a andar la senda que nos es propuesta. (“Ve, porque yo estaré contigo, y esto te será por señal de que yo te he enviado: serviréis a Dios sobre este monte”).

Los cristianos de Cuba oramos porque “el mismo Espíritu dé testimonio a nuestro espíritu”, para que “nuestra luz alumbre delante de los hombres”.—R. C.

Estas fueron las

PALABRAS INICIALES,

pronunciadas por el Rev. Eduardo Hernández, presidente saliente del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas, en la 25ª asamblea, celebrada en Camagüey, durante los días 16 - 20 de febrero de 1963.

Estimados Hermanos en Cristo:

Ha llegado una nueva oportunidad de reunirnos, en esta ocasión en la acogedora ciudad de Camagüey, para celebrar la Asamblea Anual del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas, que sin lugar a dudas constituye uno de los eventos de mayor importancia y trascendencia para la Iglesia Evangélica en Cuba.

Han de constituir estos días, para todos nosotros, algo más que una mera reunión. Serán días de oportunidades para estrechar lazos de amistad, para robustecer relaciones denominacionales, y así unidos, servir mejor a Cristo y a su Iglesia.

Sigue siendo ésta la hora de reconsiderar los valores y oportunidades de servicio de cada Iglesia, y marchar unidos en la proclamación del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, para el logro de una Iglesia pujante, firme, victoriosa, aun en medio de las más diversas circunstancias.

En un mundo en zozobra, lleno de inquietudes y ansiedades, la Iglesia tiene el mensaje del Maestro de Galilea, capaz de calmar tempestades, de satisfacer las ansias y necesidades de los hombres y hacerles nuevas criaturas en El.

Hay grandes oportunidades de servicio cristiano, de crecer en experiencias, de lograr insospechadas realizaciones en nuestro trabajo en común en el Concilio. Nos unen muchos objetivos comunes, muchas tareas a realizar, muchos obstáculos a vencer, muchas experiencias a lograr, muchos asuntos a estudiar en común.

Las diferencias denominacionales o los énfasis doctrinales, en lugar de aminorar esa unión, deben servir para garantizarla, pues por las experiencias individuales, por los estudios de los medios a utilizar para el mejor cumplimiento de la Misión de la Iglesia, por la profundización de las cuestiones doctrinales y denominacionales, al fortalecerse individualmente las denominaciones, fortalecen al Concilio del cual forman parte, pues su aporte es mucho más efectivo y decisivo al ofrecerse una contribución variada, desde distintos ángulos y puntos de vista, a las cuestiones básicas que nos unen, y así servimos mejor a Cristo y a su Iglesia en nuestra patria.

La labor ecuménica de la Iglesia es hoy tarea de todos, nos entusiasma a todos, y las reuniones de carácter interdenominacional resultan de gran

interés al ser de oportunidad para ver los certeros enfoques de la Iglesia ante los grandes problemas y los grandes cambios con que se enfrenta la Iglesia actual.

Cada época tiene sus características y hace que la Iglesia estudie métodos y renueve sus energías en el esfuerzo por hacer posible la realización de su objetivo fundamental: la proclamación de las buenas nuevas de salvación "*a toda criatura*", *en todos los tiempos y en todos los lugares*.

Este Concilio, pues, que se reúne en una época de grandes cambios, de grandes inquietudes, tiene la noble tarea de reunirnos en empeños comunes, de sentirnos fortalecidos por el compañerismo de hermanos con hermanos, de sentirnos capaces de hacer contribuciones útiles en el logro de los objetivos que nos hemos propuesto.

Debemos orientar además nuestro trabajo y nuestras esfuerzos en (1) lograr un mejor funcionamiento de aquellos departamentos del Concilio que pueden llenar una función informativa y orientadora para el desarrollo del Programa de trabajo de las denominaciones afiliadas al Concilio; (2) prestar nuestro apoyo y respaldo a la FEJECU (Federación de Jóvenes Evangélicos de Cuba) que puede en estos momentos dar un sentido amplio, ecuménico, a la tarea que la juventud tiene que realizar; y (3) mantener y aumentar nuestras relaciones con los distintos cuerpos u organizaciones eclesiásticas internacionales, ya que es universal la labor de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Que el Señor nos bendiga y haga posible que todas nuestras esperanzas, y todo nuestro entusiasmo en este trabajo unido que representa el Concilio, se vea coronado por el mejor de los éxitos, ya que trabajamos por la misma causa: la de servir a Cristo y a su Iglesia.

CONCILIO CUBANO DE IGLESIAS EVANGELICAS

(Celebrando en 1963 el 25 aniversario de su fundación)

Presidente: Adolfo Ham

Vicepresidente: Rafael Cepeda

Secretario: Ejecutivo: Jorge A. León

Tesorero: Rafael Rodríguez Josué

UNION NACIONAL DE JOVENES PRESBITERIANOS DE CUBA

(Directiva electa, 19-21 de Abril de 1963)

Presidente: Ismael Madruga

Secretario: José A. Padín

Tesorero: Luis Medín

MISION Y NATURALEZA DE LA IGLESIA

Por SERGIO ARCE

Profesor de Teología del Seminario Evangélico de Matanzas

(Tal como lo dijo en la sesión de clausura de la asamblea anual del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas)

Uno de los graves problemas que confronta la Iglesia de hoy es su propio problema, es decir, la redefinición de su naturaleza, el redescubrimiento de su misión actual como el Israel de Dios. Si tomamos en cuenta la encrucijada histórica en que el mundo de hoy se encuentra, frente a la renovación total en que se vive, este problema de la Iglesia actual tiene caracteres patéticos y urgentes. El mundo de hoy en plena Revolución, en "dolores de parto", arrastra a la Iglesia al planteamiento de esta urgente necesidad, sin rodeos ni cortapisas. La Revolución del mundo actual, que es más, mucho más, que un mero cambio de formas socio-económicas, alcanza a la Iglesia que está en el mundo. La Iglesia es el nervio central y la razón del ser del propio mundo.

Todo esto es así, y, tiene que ser considerado así, como parte de la actividad divina creativa, redentora y santificadora del Dios Soberano de la Historia para beneficio de la Iglesia misma, porque no sólo en lo concerniente a nuestras vidas e historias individuales, sino también en lo que concierne a la vida de la Iglesia y a su Historia, se cumple la verdad que expresa el apóstol, cuando dice: "Todas las cosas, —sí, todas las cosas— cooperan para bien de los que aman a Dios, los que conforme al propósito son llamados".

Así la actividad de Dios en la historia convulsa de hoy —como de siempre— lleva a la Iglesia —quiera ésta o no— a la consecución de la voluntad divina para con este mundo de Dios. Hay siempre el peligro, real y positivo en el Israel de Dios, de engolfarse y vanagloriarse en una actitud de estrechez mental y espiritual y de tozudez tales, que creyendo estar sirviendo al Señor de la historia no le sirvamos de veras, en la obediencia a su voluntad expresa en sus designios misteriosos; cayendo así en la rebeldía más crasa, la de confiar más en nuestros pensamientos y caminos que en sus caminos y pensamientos, olvidándonos que cuanto son más altos los cielos que la tierra, así son *sus* caminos más altos que nuestros caminos y *sus* pensamientos más que nuestros pensamientos. "¡No digáis: somos hijos de Abraham!; que Dios puede hacer —como dijo nuestro Señor— de estas piedras, hijos de Abraham".

En eso de la misión y naturaleza de la Iglesia —tema tan debatido hoy en el campo teológico— hay ciertos aspectos que no he visto lo suficientemente señalados ni estudiados. En primer lugar, como dijese Juan Calvino, en sus palabras iniciales de su obra: *Institución de la Religión*

Cristiana: “toda la sabiduría cristiana puede resumirse a dos conocimientos: el conocimiento de Dios y el conocimiento de nosotros mismos”. Ambos conocimientos son uno solo, dependiendo el uno del otro. En este sentido parece muy simple y artificial, por no decir anti-bíblico y anti-teológico, hacer una distinción radical entre la naturaleza y la misión de la Iglesia. La naturaleza de Dios se define por su acción, por su propósito, por su misión. La misión de la Iglesia le presta la medida ontológica —si así pudiésemos decir— a la definición de su naturaleza, así como la obra, la misión o propósito de Dios nos da la medida para conocer de su naturaleza.

No existe, pues, tal cosa como una naturaleza óntica, de “esencia” —en el sentido griego— de la Iglesia, como cosa aparte de su existencialidad, de su misión, de su carisma. Es el propio Espíritu quien determina y tiene que ver directamente con esa existencia misionera de la Iglesia, y, por ende, con su naturaleza. De aquí que los anglicanos nos hablen, con toda razón, de una prolongación de la Encarnación en la concepción de la Iglesia.

Si en algún rincón del mundo debe lograrse el propósito de Dios para el hombre, éste debe ser la Iglesia, y, en ella, toda la vida humana, todo el ser del hombre, toda su ontología debe resumirse en la obediencia al Dios y Señor del hombre. En la Iglesia debe lograrse la existencia del hombre, del hombre esencial, del que tuvo Dios en mente en su actividad creativa, tan formidablemente descrita en los primeros capítulos del Génesis. Esa humanidad consiste en la humanidad que obedece en libertad la voluntad de su Dios. De aquí que la Naturaleza de la Iglesia, la naturaleza del hombre de la Iglesia, del hombre creado y redimido, del hombre animal y espiritual, del hombre de carne que ha llegado a ser hombre del espíritu, del que ha nacido de abajo y de arriba, por voluntad de varón y por voluntad de Dios, sea precisamente el cumplimiento de su misión como tal, la existencia en obediencia al Señor, que como Iglesia le reconoce, y de quien se reconoce como su pueblo.

En segundo término, desde el punto de vista teológico-bíblico, la Iglesia no tiene propiamente hablando una misión, sino una “co-misión”: “Como el Padre me envió, así yo os envío”. Al final de uno de los Evangelios se define esa comisión, y así con ese nombre se conoce: La Gran Comisión. Esa comisión consiste en la propia responsabilidad apostólica de la Iglesia toda, de ir y predicar el Evangelio por todo el mundo, y a toda criatura. No sé cómo a alguno puede ocurrírsele la peregrina idea de que lo absoluto del mandamiento en cuanto a *todo* el mundo y a *toda* criatura, puede estar limitado en algún sentido en el día de hoy. Gran tozudez nuestra, —duros de cerviz que somos— al relativizar la esencia y la sustancia de la comisión de la Iglesia que hace baldío el mismo sacrificio de Cristo que muere en la cruz para presentar delante de Dios Padre una Iglesia verdadera, un verdadero pueblo de Dios, “sin manchas, ni arruga, limpiada en el lavacro de su Palabra”, de su Palabra que nos comisiona y nos da a conocer el mandamiento, que es su voluntad.

La misión pertenece propiamente al Cristo de Dios, a su Enviado, al Mesías, a su Cristo. Es misión divina de redención, de liberación, de la redención, que es creación del nuevo ser, que es creación de una nueva tierra y un nuevo cielo. La misión ha sido lograda por El, quien es a la vez mediador de la creación y de la redención, mediador entre Dios y los hombres en todos los órdenes de sus mutuas relaciones.

La misión es propiamente de Jesucristo. El es el Cristo, el Mesías de Dios: su Enviado. Es misión independiente y libre en sí, que nadie, ni nada puede mediatizar, y que depende de Dios y sólo de El, y que es realizada sólo por El y en El. La misión de Jesucristo, en sí misma, es completa. Sólo el Señor Jesucristo pudo decir propiamente a la hora final: "Consumado está".

Lo nuestro es, pues, Comisión. La herencia no es nuestra. La herencia es de Cristo. Lo nuestro es co-herencia. El heredero es Cristo. Nosotros somos coherederos, coherederos con Cristo, y coherederos en Cristo, "si juntamente con El somos crucificados, para que juntamente con El seamos glorificados". El es Rey, y nosotros tan sólo embajadores que anunciamos: "Reconciliaos hoy con Dios". El es la Vid, y nosotros tan sólo los pámpanos. Y el mal pámpano es echado fuera y arde. Hay en lo nuestro un sentido de dependencia, de limitación. Lo nuestro es instrumental. El Reino no es para nosotros, ni de nosotros. El Reino es de El: El es el Reino. Todas las cosas han sido creadas por El y para El. Y todo es nuestro, si "nosotros somos de Cristo", puesto que "el Cristo es de Dios".

Hay una tercera observación que hacer. Entre los aspectos fundamentales de esa comisión está la de dar testimonio. La "marturía" cristiana hace necesario —de por sí y en sí— la existencia y la realidad del mundo. El testimonio cristiano, para que exista, tiene que ofrecer cabida a quien —o a quienes— dar ese testimonio. La Iglesia se nos aparece así, como un factor formante de un binomio más amplio. Un factor del binomio no es más que una parte de la totalidad de la entidad matemática que así denominamos. Cada uno de los factores del binomio es importante e imprescindible. El binomio completo es la realidad que se completa en sí misma. Y uno de los factores en sí y por sí carece de sentido aisladamente. Así la Iglesia no se concibe fuera y aparte del otro factor, que es el mundo. El binomio "Iglesia-mundo" es tan completo en sí, y tan necesario, como incompleto y contingente es cada uno de los factores aisladamente. Tan irresponsable y tonto es el factor "mundo", cuando quiere tener su ser en sí y por sí, desdeñando la Iglesia; como la Iglesia que se ve completa en sí misma y se concibe como un fin sí misma, desdeñando al mundo. Y, por otro lado, el binomio será más perfecto si cada factor queda bien definido en su propia estructura, mientras el mundo sea más mundo, y bien mundo, y la Iglesia sea la Iglesia, y bien Iglesia. "Que la Iglesia sea la Iglesia" es el grito de más de uno, pero, para ello, hay que también que clamar, que el mundo sea mundo, bien mundo. ¡Qué lejos de la voluntad de Dios y del propósito divino, cuando el mundo pretende ser el único factor importante y verdadero, pretendiendo así ser Iglesia, o, lo que es peor, cuando la Iglesia pretende ser el único factor importante y verdadero y que el

mundo no sea mundo, porque entonces ella —la Iglesia— se convierte en mundo! En esto consiste precisamente la verdadera secularización de la Iglesia.

Pero hay una última observación que hacer. El hecho de definir los factores no resta nada al hecho de la unidad del binomio. En esto cobra fuerza la realidad magnífica de la frase de Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias”. Hay, en éste, una ambigüedad del Yo, que opera la afirmación de los dos factores y, a la vez, la realidad de la entidad completa. Hay una preminencia, una prioridad del Yo. Así la formulación de este binomio teológico de la Iglesia, sería que la Iglesia es Iglesia y su circunstancia, el mundo; porque todo fue hecho por El y para El. La Iglesia es su cuerpo, constituyéndose cada uno de sus miembros en coherederos, los coherederos de las riquezas de su gracia. La Iglesia, pues, en el propósito divino, es Iglesia y su circunstancia, es decir, el mundo. Y así, aunque delimitados los factores, hay una preminencia, una prioridad de la Iglesia.

Sin embargo, el mundo está tan orgánicamente ligado a la Iglesia como su circunstancia, que cuando aquél desaparece, desaparece ésta. Y así como es difícil establecer la línea fronteriza entre nuestro “yo” y nuestra “circunstancia”, así de difícil es trazar la línea que divide la Iglesia y su circunstancia, la Iglesia y el mundo, porque éste forma parte del propio ser de la Iglesia como tal. La frontera entre la circunstancia y el yo está, en la formulación orteguiana dentro del yo mismo, no fuera de El. Y así la frontera entre la circunstancia de la Iglesia, es decir el mundo, y la Iglesia misma, no está fuera de ella, sino dentro de ella. La Iglesia es “la Iglesia y su mundo”. Basta leer las Sagradas Escrituras, desentrañar la historia del Israel antiguo, las experiencias del pueblo de Dios a través de los siglos de la historia bíblica, hasta llegar a los Evangelios, Hechos y Cartas Apostólicas, para cerciorarnos de esta realidad. Leyendo A los corintios, A los romanos, A los gálatas, leyendo los Evangelios, las luchas entre Jesús y los fariseos y sacerdotes, ¿quién puede dudar de esta realidad misteriosa de la Iglesia que definiese el propio Señor diciendo: “no son del mundo, pero están en el mundo; no te ruego que los quites del mundo”? Porque sería cosa imposible, absurda, fuera de toda razón que el Hijo, que conoce al Padre, pidiese tal cosa. Lo que pide el Hijo es que los guarde del mal, de toda secularización.

La frontera no está lejos de nosotros; más bien, está en nosotros. Allí está Pedro —por poner un ejemplo, bien definido y claro de entender— en la conversación de Cesarea de Filipo. “Bendito seas —le dice a Cristo— bendito seas, Simón Pedro, hijo de Jonás, que no te lo ha revelado carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos”. Y, al minuto siguiente, le dice: “Apártate de mí, Satanás, que eres escándalo, porque no conoces las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres”.

La línea fronteriza no es algo vertical. No son los muros de un convento monacal lo que constituye la frontera del Reino, concepto éste que hizo tronar a Lutero, llamando a la vocación monacal, vocación diabólica; una de las pocas con las que Dios nada tenía que ver. Ni la línea fronteriza lo

constituye tampoco la verticalidad de las cuatro paredes del templo, hechas con plomada de albañil del mundo; ni las cuatro paredes de una ortodoxia doctrinal, paredes hechas con plomadas de teólogo, también muy humano y, a veces, demasiado humano, por muy perfectas que nos parezcan construidas; ni siquiera está en la verticalidad de nuestras líneas fronterizas de ideas socio-económicas, ni aún filosóficas; paredes todas de plomada de hombres, por muy inteligentes y lógicas, por muy convincentes o racionales que se nos aparezcan.

La línea fronteriza es más bien horizontal, que arranca desde el altar y corre a lo largo del púlpito y los bancos, alcanzando hasta lo exterior y extendiéndose a todos los rincones del mundo, y a todos los vericuetos de la historia, alcanzándonos a todos por igual.

Porque no es en balde que Dios envía a su Hijo al mundo, permeándole con el Evangelio —que es El mismo— leudando toda la masa. Y El, el Hijo, se hace hombre, hombre toda humanidad, aun de la que desciende al infierno, como recitamos en el Credo; y se hace pecado, se hace Historia, Historia secular, para hacernos partícipes y protagonistas de la Historia sagrada. La Encarnación es así la doctrina fundamental del Cristianismo. Y no es cosa de juegos. Porque el Hijo se hace hombre para toda la Eternidad; haciéndose para siempre semejante a nosotros; para que nosotros, en algo, podamos hacernos semejante a El, llegando a ser lo que El es. Y así fue que el heredero se hace pobre para que nosotros por su pobreza fuésemos enriquecidos con su herencia. Y sufre y padece entre ladrones, contándose en su muerte con los transgresores, para que en su humildad pudiésemos nosotros ser exaltados “obteniendo la salud para nuestras almas”, para que nosotros, que somos “los primeros entre los pecadores”, fuésemos justificados. Y muere para que en su muerte nosotros, los que estábamos muertos en pecados, fuésemos vivificados. Y se hace tinieblas para que en su noche nosotros, que andamos en oscuridad, fuésemos iluminados y hechos lumbreras. Y se hace débil para que nosotros, los más débiles y flacos de los hombres, fuésemos hechos en El, potencia de Dios. Y así, “nuestra flaqueza en su potencia se perfecciona”, puesto que “lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”.

Por eso se hace tan difícil trazar la línea fronteriza y tan fácil es adulterar la naturaleza y la misión de la Iglesia, adulteración que es producto de nuestra forma humana de concebir la Iglesia; forma mundana, por humana.

En esa comisión testificante de la Iglesia hay que señalar, por lo menos, tres extremos que tienen que ver con esa relación que debemos guardar con el factor constituyente de nuestro ser que es el mundo. El mundo es también de Dios, aunque sea el campo donde el diablo es el príncipe, puesto que no está, bajo ningún concepto, fuera del dominio de Dios.

La primera relación que nos aclara el testimonio, la misión, o mejor comisión, y, por lo tanto, la naturaleza, es dada por esa conjunción “y”. La Iglesia es ella y su circunstancia: mundo. La Iglesia se relaciona con el

mundo —en esta relación dialéctica que hemos tratado de señalar— como un “algo” diferente y distinto del mundo. Eso es lo primero que hay que decir. La Iglesia y el mundo co-existen como dos campos disímiles, como dos entes diferentes.

Así la Iglesia tiene la misión de proclamar el Evangelio al mundo, el Evangelio de salvación y redención para el mundo. Ese es su primero y fundamental aspecto: proclamar el Evangelio, evangelizar. Iglesia que no evangeliza no es Iglesia. La Iglesia tiene que evangelizar al mundo, el cual está frente a ella. La palabra que el Nuevo Testamento usa para esta función fundamental de la Iglesia es la palabra “kerygma”, “proclamación pública”, como la del que toca una trompeta en la plaza pública, como la del que lee la proclamación de la noticia, de la buena noticia de Dios a los hombres, al mundo. Pero esta función kerygmática es precisamente eso: proclamación de una buena noticia. La noticia de la liberación, de la libertad. “He venido para dar buenas noticias a los pobres, para proclamar a los cautivos libertad”. Es la proclamación de las riquezas de Dios, de la liberación del hombre de su pecado. Y si va a ser Evangelio, es y tiene que ser una buena noticia, la de que el Salvador vino al mundo. “Regocijaos —cantaron los ángeles— porque os doy buenas nuevas de gran gozo para todo el pueblo, que os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor”. Es la proclamación de Pedro, en el primer sermón de Pentecostés: la esperanza profética se ha realizado en Jesús de Nazaret; el Espíritu Santo ha venido en Jesús, y por medio de El nos santifica a todos; su crucifixión es el certificado de nuestra redención y su resurrección el certificado de nuestra justificación; su exaltación es la prueba de nuestra salvación, salvación que sólo se logra en el nombre de Jesucristo, a quien se le “ha dado un nombre que es sobre todo otro nombre”.

Pero así como esta función kerygmática —proclamadora del Evangelio— es para el mundo que se concibe como cosa frente a la Iglesia, la Iglesia tiene una función de testimonio para el mundo que está *dentro* de ella. Esa es la función didáctica de la Iglesia. El Nuevo Testamento le llama “didajé”, la enseñanza. “Creced en el conocimiento y en la gracia de Jesucristo”, demanda la epístola petrina.

“Predicamos el Evangelio a nosotros mismos”, exclama Pablo. El creyente no va a ser sólo creyente, ha de ser también discípulo. Y como discípulo ha de crecer en el conocimiento del Maestro. “Jesús mismo, dice el Evangelio de Lucas, crecía en gracia para con Dios y los hombres”. Hay que crecer en “gracia” que es “conocimiento”.

Ha habido en ciertas denominaciones un énfasis extraordinario en la tarea educativa de la Iglesia. Algunos hemos redescubierto que hay que educar a los niños y a los padres, en la Iglesia, y en los hogares. Esto no es cosa ajena a la Biblia, no es ajena al testimonio de la Iglesia, a la comisión testificadora de la Iglesia. Esto es parte constituyente principalísima del testimonio cristiano, al cual el Señor nos llama, por lo que de mundo hay en la Iglesia, por lo que de mundo tenemos. De aquí que se nos demande por el Señor, dentro de la comisión a nosotros impuesta, que crez-

camos en la gracia y en el conocimiento de la Verdad hasta alcanzar la medida inalcanzable de “la plenitud del varón perfecto”. Esto es parte de la naturaleza de la Iglesia.

Pero, hermanos, hay una tercera relación. La Iglesia está en el mundo. Y en esa relación de Iglesia en el mundo, en medio del mundo, tenemos un aspecto esencial que la comisión testificante de la Iglesia incluye; y me temo que en esto estemos aún en pañales. Por allí hay que andar ahora, como nunca antes. Aquí es donde me luce que tenemos que dedicar nuestro esfuerzo de manera especial. Este aspecto de la Iglesia en el mundo ofrece un doble aspecto; la comisión testificante aquí es doble —según expresa el Nuevo Testamento— aunque en último análisis sea una sola cosa. Me refiero a la “diaconía” y a la “koinonía”, es decir, al “servicio” y a la “comunión”. En la ‘diaconía’ la Iglesia se sirve a sí misma en las necesidades materiales, “en el servicio a las mesas”, y también sirve al mundo en todas sus necesidades. “Haciendo bien a todos, pero mayormente a los hermanos en la fe”.

El carácter secular de la Iglesia se muestra en esta tercera relación. Es la Iglesia que está en el mundo. La Iglesia no debe, si está en el mundo, rehuir los problemas del mundo. No puede hacerlo. Ha de estar inmersa en el mundo, compartiendo su problemática particular y sus agonías, en el espíritu en que Cristo las compartió, sirviendo al mundo en sus necesidades. En esta “diaconía”, en este servicio, la Iglesia realiza un aspecto fundamental de su testimonio, de su misión y de su naturaleza.

Lo más importante de todo esto es que la Iglesia tiene que servir al mundo, como lo hizo el Señor, que “no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida”, y no sólo hacerlo en el espíritu de Cristo, sino también como cuerpo de Cristo. Es que, aunque resulte paradójico, es precisamente en esto, es decir, en lo que tiene de secular la Iglesia, donde se manifiesta lo más sagrado de la Iglesia, su testimonio más sagrado, su destino más espiritual, el de ser el cuerpo de Cristo, el cuerpo unido de Cristo, el organismo unificado de Cristo sirviendo al mundo, es decir, la “koinonía”, la comunión del Espíritu Santo.

Así como en la tarea kerygmática damos testimonio del Hijo redentor, y en la tarea didáctica damos testimonio del Padre creador y sustentador, en la koinonía, en la comunión, en la unidad, en el vínculo del amor, en la unidad comulgante de un solo cuerpo, damos testimonio del Espíritu Santo.

“La blasfemia contra el Espíritu Santo” es el pecado imperdonable. Y me temo que después de haber redescubierto nuestra comisión testificante evangelizadora y nuestra comisión testificante educadora, andemos cayendo en el pecado que Dios no perdonará, y como el Israel antiguo nos estemos poniendo bajo el juicio de Dios, porque nos falte el servicio desinteresado al mundo, no sólo en sus necesidades materiales, morales y aun espirituales, pero en el mayor de los servicios que podemos rendirle al mundo, el de “ser uno” en medio de las divisiones que hay en el mundo,

como el Hijo y el Padre son uno, para que el mundo pueda creer. Ese es nuestro mayor servicio, la comunión; esa es nuestra grande "diaconía", nuestra "koinonía", el gran testimonio de la unidad humana, de ser uno, la posibilidad humana de ser uno, la posibilidad de que sea el vínculo entre humanos, el vínculo del amor. El poder testificante de la Iglesia en el servicio que rinda a través de la comunión de los hermanos es básico y fundamental. El poder testificante de la Iglesia que está en el mundo como un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo es de tal naturaleza que aun reclama, que los miembros que consideramos más viles y vergonzosos como a los de nuestro cuerpo, "los cuales cubrimos con más compostura", los revista-mos con más decencia para que el mundo llegue a creer que el Padre envió al Hijo. Y así el Espíritu podrá llegar a cumplimentar su misión, y "convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio". La misión testificante de la comunión nos exige ser un solo cuerpo, aun con todas las diferencias y diversidad de dones que poseemos; siendo un solo pueblo que busca primeramente el Reino de Dios y su justicia, para que todas las demás cosas se nos den en añadidura.

Me temo que hemos empezado por el final. En esto, que es cosa del testimonio del Espíritu Santo, es en lo que estamos obligados primeramente en esta hora de redescubrimiento de la naturaleza y misión de la Iglesia.

Dejémonos llevar por el Espíritu, por el Espíritu de verdad. "La Iglesia es columna y apoyo de la verdad". Busquemos al Espíritu que es espíritu de gozo y paz, "paz que sobrepuja todo entendimiento", gozo que nada puede nublar. Alcancemos, luchemos, agonizemos, hasta el alba, hasta que el Espíritu que es espíritu de comunión y de amor nos bendiga, hasta "que nos amemos los unos a los otros". "Permaneced en el amor": aquí está el testimonio supremo de la Iglesia.

Podremos no poder tener medios para la educación cristiana, pero nada ni nadie nos podrá impedir que seamos *un cuerpo*, un solo haz de comunión en el Espíritu, más que nosotros mismos; sólo la secularización de la Iglesia podrá impedirlo. Cuando el espíritu de odio, de mentira, de venganza, de celos, de iras, de envidia, de ambiciones invade la Iglesia, deja de ser Iglesia: ya no sólo está en el mundo, ya es el mundo. Cuando medimos el éxito de la Iglesia por los metros mundanos, y los medios de acción de la Iglesia los creamos a semejanza de los medios que usa el mundo, ya no somos Iglesia, pues secularizamos la Iglesia; dejamos de *estar en el mundo*, para *ser del mundo*.

"Velad y orad para que no entréis en tentación". "No pequemos contra el Espíritu Santo". "Labrad mientras sea de día". "La noche viene cuando nadie puede obrar". Esta es nuestra comisión y nuestra naturaleza. "Como me envió el Padre, así yo os envío". Si perdemos la misión perderemos nuestra naturaleza. Seremos una organización más. Un edificio más. Una religión más. Pero el cristianismo, la Iglesia, es pueblo de Dios. Podríamos perder la organización, podríamos perder los edificios, podríamos perder los instrumentos y medios de la práctica religiosa, pero seremos Iglesia si somos un cuerpo. Por otro lado, podemos tener la mejor organización, los más bellos edificios, los más apropiados instrumentos y medios de la práctica religiosa, y, con todo, no seremos Iglesia si no somos un Cuerpo, un

cuerpo como los de la corriente sanguínea, es decir, un anti-cuerpo donde la sangre de la sociedad, del mundo, encuentre su propia defensa contra el odio, el egoísmo, el orgullo, la maldad, es decir, contra su propia desintegración como mundo de Dios.

Si perdemos nuestra misión perderemos nuestra razón de ser. “Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor”, si ya no da sazón —no importa cuántos ingredientes químicos le queden, no importa si viene envasada en bellos depósitos, ni con cuánta elocuencia anunciemos su valor— “no servirá para nada y será echada fuera y hollada de los hombres”.

Hoy, a veinte siglos de estas palabras, cuando los hombres a una en todos los lugares del mundo hablan de una era post-cristiana, y la Iglesia parece ser despreciada de todos, por las misericordias de Dios, por las entrañas de Jesucristo, no claméis contra el mundo, no ladréis como perros rabiosos contra los hombres, no añadamos pecado sobre pecado, no acumulemos ira para el día del juicio que se acerca. Examinémonos más bien. ¿No será que estamos perdiendo, que hemos perdido el sabor? Seamos humildes. Seamos sinceros. Que nuestro ojo por lo menos sea sincero para que nuestro cuerpo empiece de nuevo a ser luminoso. No endurezcamos nuestros corazones como nuestros padres en el desierto, que murieron mordidos y destruidos por la serpiente de la tentación. No agotemos la paciencia de Dios. No matemos las verdades de su Palabra, no matemos al Hijo, que el Padre nos está reclamando cuenta de nuestra mayordomía. Recomendémonos a la luz de su Palabra. Abramos las Escrituras. Busquemos la Verdad. No sea que nos envíe al alguacil, y seamos echados en prisión, y no salgamos hasta que hayamos pagado hasta el último cuadrante.

“Yo os digo, hermanos, a nadie tenemos que dar cuenta”. Es a Dios, y, yo os digo con toda humildad: “¡Terrible cosa debe ser caer en manos del Dios vivo!” En esta hora del mundo convulso, en dolores de parto por cosa nueva que amanece, busquemos al Hijo, besémosle en el camino, “no sea que se enoje”. Besémosle, no como Judas, para entregarle en nuestros egoísmos y ambiciones personales. Besadle con un beso de amor, de amor vehemente, de arrepentimiento, de sumisión completa y absoluta a su voluntad, que nos ha traído a este *ahora* y a este *aquí* de la Historia, para llenar nuestra comisión testificante de Iglesia. Escuchad, escuchad su palabra: “*Cuando llega la noche*”. La noche que no debió llegar, que no debía haber nunca llegado, la noche después de la mañana de Resurrección, la noche de incredulidad extrema del discípulo, la noche del pesimismo, la noche del desaliento del Cristianismo, la noche de la huida, la noche de la tristeza, la noche de “la sal que pierde su sabor” y de “la luz que se esconde debajo del almud”.

“*Cuando llega la noche del aquel mismo día*”, del Día de la Resurrección, del día que no tenía por qué tener noche, del día que es HOY, el HOY de Jesucristo, de la Iglesia, del día del Rey de Reyes y Señor de Señores; “*la noche de aquel mismo día*”, el primero de la semana, el primero que es, a la vez, el día final, el Día del Señor, Día del Nuevo Reino, “*las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos están reunidos*”. Las puertas cerradas al testimonio; las paredes separando como con un valladar insalvable a la Iglesia del mundo, la comunicación interrumpida, el testimonio obstruccionado. Enclaustrada la Iglesia, en sus paredes, fuera del

mundo. *“Reunidos por miedo de los judíos”*, juntos por miedo, cerrados los canales de la relación con el mundo, destruida la misión y la naturaleza de la Iglesia por el miedo; el miedo al ridículo, el miedo al engaño, el miedo al servicio desinteresado, el miedo a pagar el precio del discipulado, el miedo a ser crucificados juntamente con El

Y así —*“viene Jesús”*, ¡oh dulce milagro de su gracia! ¡poder irrum-pidor de su misericordia!, *¡con las puertas cerradas!*; y así y todo, entra Jesús. ¡Milagro de milagros! Jesús aquí, con nosotros; a pesar de nuestro fracaso, de nuestros incumplimientos, de nuestros pecados, de nuestros temores, de nuestras traiciones, de nuestras dudas, de nuestra incredulidad; a pesar de nuestras puertas cerradas, de nuestro aislamiento, de nuestras relaciones cerradas con el mundo, a pesar de nuestra comisión testificante olvidada *“Viene Jesús y se pone en medio”*; en medio de los discípulos que andamos en la noche cuando todo debe ser luz; *“se pone en medio”*. No se pone a ningún lado, ni arriba con los más santos, ni abajo con los más pecadores; no se coloca ni a la derecha, ni a la izquierda, ni a la salida, ni a la entrada, ni en la plataforma, ni en los bancos, ni en el púlpito, ni en la congregación, ni en la Biblia, ni en el altar. Jesús se pone en medio, en medio de todos los extremos; está en el medio, no en el centro, entre cada uno de nosotros, entre los que están más arriba como santos y los que estamos más abajo como pecadores; los que están más a la derecha y los que estamos más a la izquierda, los que estamos en el púlpito y los que están en el banco, los que estamos dentro y los que están fuera del templo. El se pone en el medio de todos, no en el centro. El centro es un punto estático, inmóvil. Y El es movimiento, movimiento del Espíritu Creador. El está en medio de todos, diciéndonos: *“¡paz a vosotros!”*

Paz, ¡cuán extraña palabra! Nosotros que vivimos en medio de grandes convulsiones; en medio de un mundo de grandes luchas, inmersos en una Historia que anda por caminos de agonías y conflictos dialécticos y al borde de la más grande hecatombe de todos los tiempos, la guerra termo-nuclear; en guerras frías y calientes, la palabra paz tiene sonoridades de cosa que nos es completamente ajena. ¡Qué extraña nos resulta la palabra paz! Esa palabra nos llega de otro mundo. Y así nos alcanza.

“Y dicho esto nos muestra sus manos y su costado”. Las marcas de sus luchas que han obrado nuestra paz, de sus agonías que obran nuestra salvación.

“Y nos regocijamos viendo al Señor”. Pero El dice de nuevo: *“paz a vosotros”*. El Señor insiste en su palabra: paz; no quiere que nos llamemos a engaño. Mañana no estaremos en el santuario, mañana estaremos en el mundo, mañana estaremos esparcidos, cada cual en su parroquia. Y en esa confianza y en esa paz dice: *“Como me envió el Padre, así yo os envío”*. *“Y soplando dijo: “Tomad el Espíritu Santo”*.

Abramos el corazón, la mente, las entrañas todas y recibamos la potencia de su Espíritu. ¡Veni, Spiritus Creator! “Y el Espíritu y la Esposa digan: ¡Ven! Y el que oye diga: Ven. ¡Ven, Espíritu Creador!, para que logremos en ti —y por ti— la realización plena de nuestra comisión testificante como la Iglesia de Jesucristo en el mundo convulso de hoy.

Adolfo Ham,

rector del Seminario Bautista de Santiago de Cuba, nos explica cuál es

LA MISION DEL LAICO EN LA IGLESIA DE HOY

Hendrik Kraemer, uno de los más prominentes laicos de la Iglesia de hoy, y primer director del Instituto Ecuménico, que es uno de los grandes experimentos del presente para la educación de los laicos en su misión al mundo, con sede en Ginebra, ha escrito uno de los más sugestivos e importantes libros recientes sobre la teología del laicado. En esta obra Kraemer afirma: "Evidentemente le ha placido a Dios usar a los laicos para hacer surgir eventos importantes que le han dado un viraje extraordinario a la vida de la iglesia" (*A Theology of the Laity*, Londres, Lutterworth, 1958, p. 48). En esta hora que vive el mundo y nuestra nación, estamos convencidos de que nuestro Señor puede usar a nuestros laicos para producir el necesario "viraje extraordinario en la vida de nuestra iglesia".

Uno se sorprende, hojeando este libro, de cuántas grandes figuras de la historia de la iglesia han sido laicos. Kraemer nos recuerda hombres como Tertuliano, Cipriano, Agustín, Pedro Valdo, Dante, Francisco de Asís, Calvino, Bunyan, Milton, Leibnitz, Grotius, von Zinzendorf, George Williams, H. Dunnant, J. R. Mott, Moody. Todos estos hombres fueron figuras decisivas en su momento en la historia de la iglesia. Aunque algunos de ellos fueron ordenados más tarde al Ministerio, fueron hombres sin preparación teológica previa, y de origen netamente laico.

Origen del término "laico" y su antónimo "clero". En la ANTIGUA polis griega se hacía una distinción entre el kléros, los funcionarios escogidos, y el láos, formado por el pueblo. La palabra "laico", con un sentido opuesto a "clérigo", aparece por primera vez en la literatura cristiana con Clemente de Roma (fl. ca. 96 A.D.) pero no es hasta el S. II que su uso es consagrado. ¿Quiénes son estos laicos de quienes Kraemer ha dicho que son "el capital congelado de la iglesia"? ¿Cómo definir quiénes son los laicos? Esta es una de las cuestiones más debatidas en el cristianismo contemporáneo, porque la eclesiología particular de cada iglesia influye en el concepto que se tiene del laicado. Actualmente se discuten las siguientes ideas: a) los laicos son aquellos cristianos que no son ordenados; b) sin embargo, otros sostienen que el bautismo es una forma de ordenación, y que por lo tanto todos los cristianos son ordenados a una forma de ministerio; c) otros aducen que los laicos son los que encuentran su *modus vivendi* en una ocupación secular; d) no obstante, a esto habría que objetar que no hay tal esfera "secular" o autónoma; e) otros apuntan al hecho de que los laicos aún pueden ser profesionales empleados por la iglesia, pero se distinguirían de los clérigos porque estos últimos son ordenados espe-

cialmente por la iglesia para esta capacidad; f) otros dicen que los laicos son aquellos que no han estudiado teología, observación evidentemente superficial; y g) finalmente, otros abogan porque los laicos que se encuentran envueltos en profesiones de tiempo completo necesitan tanto discernimiento teológico y preparación teológica como los pastores o cualesquiera otros trabajadores profesionales de la iglesia.

Una de las mejores definiciones es la famosa frase del reformador Melenchthon: "la comunidad de los dispersos". En este sentido los cristianos se encuentran hoy en una nueva *diasporá* (dispersión). A propósito de esa idea, el Prof. R. Obermüller dice: "La iglesia en diasporá en medio de la sociedad en la cual vive y a la cual pertenece, en la cual da testimonio del Reino de Dios y del Rey Cristo y de su pueblo, debe ser también comprendida en un estudio del gran concepto bíblico. En medio de la sociedad viven nuestros laicos que componen las congregaciones, y nuestros laicos hablan a sus pastores y profesores de la soledad que sienten, de la desubicación de las convicciones cristianas en el mundo económico, de su debilidad minoritaria en un mundo inmensamente secularizado. Los laicos nos dicen cómo la siembra del evangelio se pierde en los caminos del mundo, y cómo ellos mismos se sienten expuestos al peligro de perderse igualmente. Lejos de la patria celestial, se debaten en un exterior donde la gran mayoría de la gente no entiende su manera de hablar y pensar" (*Cuadernos Teológicos*, tomo X, No. 1, p. 11).

El P. Y. Congar, en la obra más medular sobre la teología del laicado que se ha publicado hasta ahora, y que irónicamente es católico-romano, trata de definir la tarea y situación de los laicos, y consciente de las dificultades de esta empresa, habla de "aproximaciones" hacia una definición. El P. Congar reconoce dos aproximaciones: 1.—"Los laicos están en el mundo como cristianos para hacer la obra de Dios en tanto que ésta debe ser hecha en y por la obra del mundo". 2.—Para los clérigos las cosas no son importantes o interesantes en ellas mismas, sino en su relación con Dios, para ayudar a conocerlo o servirle, pero esto envuelve el peligro de "perder el respeto a la verdad interna de las cosas", de olvidar que "las cosas existen por sí mismas con una naturaleza y una exigencia propia". (Este es el peligro del idealismo, que los marxistas advierten muy bien). Sin embargo, para los laicos las cosas existen. Su verdad no está tragada ni abolida por una referencia superior. Dios es la realidad misma de los elementos de este mundo. (*Jalons pour une Théologie du Laicat*, París, ed. du Cerf, Unam Sanctam No. 23, 1954, p. 38 s.)

Una de las mejores definiciones es la del famoso laico alemán, creador de las "Jornadas de la Iglesia", R. von Thadden: "El laico es el intérprete esencial del mensaje cristiano en el campo de batalla del mundo" ("Meet the Church", WCC, Depmt. of the Laity, 1959 p. 6).

¿Cuál es la situación de los laicos hoy? H. R. Weber, director por algunos años del Departamento del Laicado del Concilio Mundial de Iglesias, en una publicación del Departamento ha descrito certeramente la situación actual de los laicos. Citémosle:

“Los informes de muchas iglesias revelan que la mayoría de aquellos que han hecho el *sacramentum* de sus votos en el bautismo o la confirmación, realmente no están unidos en la lucha de Jesucristo por servir al mundo. Muchos de ellos más bien se confirman fuera de la iglesia que dentro de ella. Después de haber tomado el juramento militar han desertado, se han conformado al mundo y no se han transformado por la renovación de sus mentes. Otros han pedido licencia permanente, volviendo ocasionalmente para una inspección militar o para cobrar la pensión. Su vida es una vida esquizofrénica, porque siguen dos tipos diferentes de ética, una para su vida privada dominical, y la otra para la vida el trabajo cotidiano del mundo. Aún otros permanecen reclutados eternamente en las barracas, haciéndose cada vez más prácticos en el uso de la armadura de Dios, pero nunca abandonando su *ghetto* cristiano para pelear por el mundo. ¡No es de extrañar que bajo tales circunstancias la batalla comience pronto en las propias barracas!” (“Salty Christians”, WCC, p. 15).

El ministerio de los laicos. Hay dos formas de concebir el puesto del laico en la vida y la misión de la iglesia: como una movilización del laicado con vistas a su colaboración con las actividades de la iglesia, que es la opinión tradicional; o como la edificación de una iglesia dinámica como una comunidad espontáneamente misionera y servicial. Llegamos así a una importante afirmación: el ministerio apropiado de los laicos sólo se puede derivar de una concepción correcta de la relación entre la iglesia y el mundo.

Los laicos son el *laos theou* (el pueblo de Dios) que se ha convertido del mundo a Jesucristo, quien es el Señor del mundo; que ha sido incorporado al cuerpo de Jesucristo por medio del bautismo; que en el mismo acto del bautismo ha sido consagrado al ministerio profético, sacerdotal y real de Jesucristo en el mundo; y que una y otra vez es reunido y enviado por el Señor para este ministerio.

Los laicos son la iglesia en el mundo. Se puede decir que la iglesia triunfa o fracasa si algo está o no sucediendo en el nombre de Jesucristo en el sector donde el laicado despliega sus actividades.

Podría usarse la analogía del “storage” y el “servicentro”. Muchos creen que la iglesia es para guardar indefinidamente las “almas” protegiéndolas de los azares del camino, como se guardan los autos en un storage, y olvidan que más bien es un “servicentro”, donde venimos por pocos minutos a equiparnos y prepararnos para salir de nuevo a los caminos de la vida, donde estaremos la mayor parte del tiempo.

La tarea de los laicos no es hacer algo *para* la iglesia, sino ser la iglesia del mundo. Los laicos son los especialistas para los asuntos del mundo con que cuenta la iglesia.

La “santa mundanalidad” del cristiano. Entre los papeles escritos en su prisión, el malogrado D. Bonhoeffer, el día 21 de julio de 1944 expresaba: “En los últimos años he conocido y comprendido más y más la pro-

funda aquendidad (*Diesseitigkeit, mundidad*) del cristianismo. El cristiano no es un *homo religiosus*, sino un hombre humano, como Jesús ha sido hombre a diferencia de Juan el Bautista. Pienso no en la aquendidad superficial y banal de los esclarecidos, de los activistas, o de los cómodos o de los lascivos, sino en la profunda aquendidad llena de disciplina y en la cual el conocimiento de la muerte y la resurrección siempre está presente... Más tarde experimenté que no se aprende a tener fe antes de la aquendidad total de la vida. Después de haber renunciado completamente a hacer algo de uno mismo, ya sea un santo o un pecador convertido, o un hombre eclesiástico... un justo o un injusto, un enfermo o un sano (y a esto llamo aquendidad, a saber vivir en la plenitud de las tareas y los problemas, los éxitos y los fracasos, las experiencias y las perplejidades), entonces uno se echa en los brazos de Dios totalmente, entonces se toman en serio no ya los propios sufrimientos sino el sufrimiento de Dios en el mundo, entonces vela uno con Cristo en el Getsemaní, y creo que esto es fe, esto es *metanoia*, y así se llega a ser un hombre cristiano" (Bonhoeffer, Dietrich, *Letters and Papers from Prison*, Londres, SCM Press, 1956, p. 168).

Así se trata de un doble ritmo de este "pueblo de Dios": primero es reunido en la iglesia (eklesía), esto corresponde a la palabra del Señor "luz del mundo" (Mt. 5:14); y después es enviado (*apostello*, apóstol) al mundo, la "sal de la tierra" (Mt. 5:13). En situación de *diasporá* en el mundo, somos enviados a lograr presencia servicial y misionera. La iglesia está separada del mundo a fin de ser para el mundo. La iglesia no puede vivir para sí misma, sino que vive para aquellos que están fuera de ella. La iglesia siempre debe ser extrovertida.

"*El ministerio de los santos*". Siendo toda la iglesia el pueblo de Dios", se comprende en ella el laicado con su ministerio en el mundo y los "oficiales" o "profesionales" del *Verbum divini* con su ministerio especial. Todos los "santos" son ministros (*diákonii*, diáconos). (Efe. 4:11,12) (La coma infortunada de nuestra traducción del v. 12 entre "la perfección de los santos" y la "obra del ministerio", no existe originalmente, significando que todos los santos son encomendados a la obra del ministerio).

Según el Nuevo Testamento hay diferentes clases de ministerio (diakonía) (Cf. Efe. 4:11 con I Cor. 12:28), y hoy no deberíamos aislar uno de esos ministerios, o concentrarlos todos en una misma persona.

Por el bautismo todos los creyentes son "ordenados al ministerio". Todos los miembros de la iglesia poseen un *jarisma* (carisma). Toda la iglesia es carismática (1 Cor. 7:7; 1 Pe. 4:10). Todos esos "jarismata" y sus ministerios son esenciales para la iglesia.

No hay en el Nuevo Testamento un término general que distinga un grupo de "ministros" de otro grupo de "laicos". Funciones que hoy creemos que son específicas de los pastores como *parakelein* (rogar, exhortar, consolar), y *nouthetein* (corregir, amonestar), se usan en el Nuevo Testamento para referirse a los apóstoles, pero también para todos los cristianos. La función del ministerio especial o profesional es hacer florecer, armonizar y dirigir todos los *jarismata* HACIA el servicio. Los laicos no están enton-

ces para ayudar al pastor; esta idea es producto de una concepción jerárquica de la iglesia; es más bien el pastor el que ayuda a los laicos a realizar su ministerio cristiano. Es la iglesia en su totalidad la que tiene el ministerio. El problema del laico no es cómo ayudar al pastor en la iglesia, sino cómo encontrar en la congregación la ayuda y los recursos que necesita para testificar en su sector de trabajo.

Aplicación a nuestra situación. a) Debe estudiarse y divulgarse profusamente "la teología del laicado". b) Debemos familiarizarnos con el Departamento del Laicado del Concilio Mundial de Iglesias, sus publicaciones y sus trabajos. c) Debemos reflexionar más sobre lo que implica para nuestra condición una teología y una ética que contemple con más acierto bíblico la relación entre la iglesia y el mundo, Jesucristo y la historia, la iglesia y la sociedad. d) Debemos lograr una mayor participación y responsabilidad de nuestros laicos en la obra de las iglesias; y e) Debemos desarrollar estructuras más flexibles —como en la Iglesia Metodista o la Iglesia del Sur de la India— donde el laico participe más en el Ministerio de la Palabra.

LA SEGUNDA PARTE DE ESTE ESTUDIO SE OFRECERA
EN EL PROXIMO NUMERO DE "MENSAJE"

FEDERACION DE LA JUVENTUD
EVANGELICA DE CUBA

(Directiva electa en Camagüey, 20 de Febrero de 1963)

Presidente: Eric Martínez

Vicepresidente: Odén Marichal

Secretario: Sidney Orrett

Tesorero: Ofelia Sosa

VERDADES PIADOSAS

Por el Rev. FRANCISCO GARCIA SERPA
(Superintendente de la Iglesia Presbiteriana en Cuba)

Bien sabe el médico que el cáncer mata. Está casi tan seguro de ello, como lo está el pastor de que el pecado mata. El cáncer y el pecado viven matando. La hoja clínica en el hospital, generalmente no se pone al alcance del paciente. Una verdad de hoja clínica puede matar de un tirón. La muerte a tirones es muerte chapucera. Si el enfermo es muy inquisitivo, escribimos en su hoja un "nombre científico", si lo ve, por lo menos no lo entiende. Yo no juzgo al médico. El tiene su propia conciencia y está tratando desesperadamente de conseguir que un terrible azote de la carne no se convierta también en un terrible azote mental.

El pastor estudia sicología, además de teología. Consigue un puñado de nombres para un puñado de cosas. Hay desajustes que no son pecado. Hay pecado que lo es con cualquier nombre. El pastor tiene conciencia, como el médico. El pastor tampoco quiere "tirones". Trata también desesperadamente de evitar que un azote mental se convierta por falta de tacto en un azote del espíritu. El pecado atormenta mucho a sus amigos íntimos cuando se identifica por su nombre verdadero. El pastor no quiere diagnósticos equivocados que puedan producir traumas espirituales por su falta de precisión. Al médico yo no lo juzgo, porque no soy médico. Yo soy pastor ya viejo. Al pastor yo sí lo juzgo y lo respeto compasivamente. ¿Puede haber tal cosa como respeto compasivo? No lo sé. Pero lo que quiero decir es que no es lástima pura y a pulso, lo que le tengo al pastor; sino que lo respeto mucho y al mismo tiempo tiemblo por él. Creo que así está mejor dicho.

¡Qué agonía para el alma de un pastor hacer hojas clínica y diagnosticar por qué agonizan las almas que pastorea! Y ponerles nombres a las agonías diversas. Hacer hojas clínicas es terrible. El paciente del cuerpo enfermo puede morir de conocer su verdad. El paciente del alma enferma debe vivir de conocer su verdad. La mentira piadosa sigue siendo mentira, no cambia ella misma esencialmente; pero puede contribuir a hacer más llevaderos los días de un enfermo de hospital.

La verdad piadosa muere de su piedad y condena almas a morir con ella; por eso el pastor no tiene mucho margen para atemperar verdades. Por eso lo compadezco si es hombre sincero. Y lo respeto mucho porque sé a lo que se enfrenta. El enfermo del cuerpo va a morir de todos modos algún día. El cuerpo es temporal y finito, de modo que no importa mucho una verdad piadosa o una mentira piadosa, en su caso; es asunto de más o menos alivio para más o menos días. Pero el alma enferma es eterna, y el pecado tiene cura para vida eterna o tiene muerte para muerte eterna.

La muerte eterna no es un simple desaparecer, sino un vivir en muerte, que es mucho más malo. El pecado tiene curación en Cristo. La verdad produce en el hombre el arrepentimiento que es necesario para entrar por esa puerta única. La piedad es muy buena para lo que es, y tiene un papel esencial en el pensamiento y en el sentimiento, en la vida y en la acción de los cristianos. El pastor tiene que ser un hombre muy piadoso. La verdad no es hombre. La verdad tiene una naturaleza muy delicada y se le muere en las manos al alquimista cuando trata de mezclarla en su retorta. La verdad mezclada y muerta no produce arrepentimiento en el pecador. La verdad es pastor, pastor de almas que va por el mundo produciendo arrepentimiento en los pecadores. Cuando se encuentra en el camino con la piedad, le da su mano y un abrazo a su buena amiga y colaboradora. No se pone el manto de su amiga. Cada una sigue como es, sin disfrazarse una de la otra. Las dos tienen trabajo honroso y distinto. No se modifican entre sí: se ayudan la una a la otra, sin cambiar su esencia.

El pastor sabe que la paga del pecado es muerte. El pastor sabe que en Cristo hay perdón y salvación para el pecador. El pastor sabe que Cristo es el camino y la verdad y la vida. El pastor sabe que nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, pues no hay otro mediador entre Dios y los hombres. El pastor sabe que nadie puede ir al Padre sino por Cristo. El pastor sabe que el amor de Dios es muy grande y cubre multitud de pecados. *Todo eso es en Cristo*. Sabe que —en definitiva— a lo íntimo del alma sólo llega el Espíritu de Dios, y que el único que salva es el Señor. Pero en las almas que pastorea, hay síntomas de presencia o de ausencia. Cristo parece estar o no estar allí. ¡Diagnostica por los síntomas, pastor de mis respetos: sé verdaderamente piadoso, siendo verdadero a secas! En las almas hay rumbo de vida o muerte. Hay síntomas de unión de sarmiento y vid, o de ramas cortadas que se secan. El pastor presiente y siente. Por eso lo compadezco hasta que lo veo acertar, entonces lo admiro mucho.

En el funeral del inconverso e impenitente (esto es sólo un ejemplo, antes de guardar mi lápiz) la piedad y la verdad se miran serias. Como si ninguna de las dos se sintiera cómoda allí. Los deudos creyentes te invitan a hablar y a consolarles. Serías muy poco piadoso si no lo hicieras. Eres pastor de almas y allí hay almas atribuladas; “cumple tu ministerio”. En nuestra teología protestante, no todos los santos están muertos, ni todos los muertos son santos por estar muertos. “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”... la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús los ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Estas son palabras muy consoladoras; pero también de mucho peso de verdad en todas sus implicaciones. Piadosamente manejamos la verdad. Los atribulados beben piedad ávidamente. El dolor inmediato se mitiga. Hacen deducciones después los que conocían la historia. Las deducciones pueden ser lógicas y mortales. La verdad hubiera sido burdamente chocante: las deducciones después lógicas y vivificantes. Quizás hubieran ayudado a algunos a no vivir como el muerto suyo vivió y a no morir como el muerto suyo murió. Esto es sólo un caso de la terrible paradoja, de que la verdad y la piedad, sin poder separarse, no pueden confundirse.

Yo creo que la única síntesis posible está en el amor de Dios derramado por Cristo mismo. En El las cosas supremas sí pueden andar juntas sin disminuirse mutuamente. La piedad suprema y la verdad suprema pueden transmutarse en amor supremo; pero me luce que sólo el Señor Jesucristo hace eso bien. En grado menor que lo supremo y en manos humanas, la verdad y la piedad, cada una para lo que es, debe ser usada sin mixtificaciones.

No puedo darte un consejo final. No tengo autoridad para ello. Yo mismo no he roto la cadena que me ata a ninguna de estas dos realidades que son la verdad y la piedad cristianas y ambas tiran de mí. Cuando tiran en la misma dirección yo voy bastante contento con mis prisiones. Algunas veces pienso que en realidad, en el fondo de mi alma, no deseo libertarme de ninguna de las dos; pero eso no importa. Lo que yo quería decir es que la mentira piadosa es casi tan mala como la verdad piadosa, a menos que el amor supremo de Dios modifique sus efectos y perdone a los que impulsados por la piedad humana, atemperan a veces las verdades divinas. Así como también a aquellos que doblegados por el peso del dolor humano reciben con mayor facilidad una dosis de piedad humana como sedante para alivio inmediato, que una porción de verdad divina para cura permanente del pecado que les enferma.

De las dos cosas vive el alma: la piedad sostiene, la verdad salva.

MOVIMIENTO ESTUDIANTIL CRISTIANO (MEC) DE CUBA

(Comité Ejecutivo elegido en abril de 1963)

Presidente: Idalberto Carbonell Ramírez

Vicepresidente: Carmen C. Barroso

Secretario: Roy Acosta García

Vicesecretario: Amalia Jiménez

Tesorero: Hugo Elías Avila

Vicetesorero: Luis Villalón Rubio

DOCUMENTO TRASCENDENTAL

(Mensaje de la X Conferencia Central de la Iglesia Metodista a las iglesias de la América Latina)

“Como tú me enviaste al mundo, también los he enviado al mundo”. (Juan 17:18). El Señor no nos ha llamado a una vida de mera contemplación y satisfacción espiritual, sino a una participación activa, confiada y redentora, en la vida del mundo que él ha creado y por amor del cual envió a su Hijo Jesucristo a dar su vida.

Jesucristo no es indiferente a lo que ocurre en nuestros pueblos. El es el Señor soberano de la historia humana. Nuestra América no queda fuera de la órbita de su soberanía. Hoy, como ayer y como siempre, él es quien determina su destino, quien gobierna su historia, quien fija “sus tiempos y sazones”. La tragedia de América Latina es que aún no conoce a su Señor. Mientras no lo reconozca y obedezca, no se conocerá a sí misma, no reconocerá el significado de su historia, de sus sueños y de sus fracasos, de sus esperanzas y de sus desilusiones. Mientras no lo reconozca, no conocerá su destino, porque su destino es Cristo.

La iglesia de Cristo ha sido plantada por el Espíritu Santo en América Latina para que dé a conocer el significado y el poder de Jesucristo para la totalidad de la vida de cada hombre y de cada pueblo de este continente. Si Jesucristo está aquí presente como Señor, ¿cómo podría el cristiano eludir su responsabilidad en los quehaceres cotidianos de nuestro pueblo? América Latina busca un nuevo camino, un nuevo día, una realidad nueva; nosotros conocemos al único que puede “hacer nuevas todas las cosas”. (Revelación 21:5). América busca el rumbo de la libertad verdadera; nosotros hemos sido recreados por el Espíritu en cuya soberana presencia sólo hay libertad (II Cor. 3:17). Nuestro pueblo clama por justicia; nosotros conocemos al único Juez justo, aquel en cuya presencia todas las discriminaciones humanas se derrumban.

Un viento de libertad recorre inconteniblemente nuestro planeta. En distintas partes del mundo se suceden los tumultos, porque las masas oprimidas reclaman sus derechos y los obtienen. Africa señala en estos días, en forma dramática, la presencia de este inexorable reclamo. Nuestra América no permanece ajena. Si bien la mayor parte de los territorios americanos han logrado hace ya muchos años su independencia institucional, la lucha libertadora por la independencia social y económica, por la igualdad cultural, por la plena presencia en la vida nacional de grandes masas de la población, recién ha comenzado. No ha mucho aún que toda la vida latinoamericana podría describirse y comprenderse en función de una oligarquía, un caudillo y un ejército, apoyados sobre una masa de población

resignada a lo mezquino de su suerte. Hoy, aunque el cuadro persiste en algunos países, el panorama general se presenta radicalmente cambiado y promete seguir cambiando.

En la realización de estos cambios se une el peso de fenómenos sociales que operan según su propia lógica interna y la operación de motivaciones revolucionarias que demandan nuestra atención. El crecimiento vertiginoso de la población, estimado como el más rápido del mundo, la naciente industrialización, con la consiguiente movilización de grandes masas de población de obreros hacia los arrabales de las grandes ciudades, el papel creciente que la mujer desempeña en la industria y el comercio; todos estos son factores que nos impulsan hacia cambios sociales imprescindibles. Junto a estos hechos, se da la presencia de místicas revolucionarias que intentan cambiar toda la estructura tradicional de la propiedad y las relaciones sociales. La reforma agraria, la nacionalización de las propiedades extranjeras, la disolución de los ejércitos tradicionales, la popularización de la instrucción en todos sus niveles, una nueva hambre de conocimientos, el voto universal, todo ello habla de algo mucho más profundo, radical y serio que nuestras tradicionales revoluciones de fin de semana. Lógicamente, estas manifestaciones no pueden escapar al conflicto de poderes que divide trágicamente a nuestro mundo; nos hallamos siempre entre las dos pinzas de las grandes potencias internacionales, y este hecho añade un nuevo factor de intranquilidad y desasosiego a los ya inherentes a una revolución estructural.

Si recordamos que estas transformaciones sociales, en proceso de realización, o presentes en forma de ansiedades populares, se encarnan en cuerpos sociales políticamente muy divididos; si al mismo tiempo tenemos presente que todo cambio social perjudica a minorías acaudaladas o de intereses económicos extranjeros, comprenderemos que tales cambios no pueden realizarse en la calma con que se planean los procesos evolutivos en el gabinete del sociólogo.

La revolución social se realiza en el mundo donde Jesucristo es Señor, pero donde el pecado humano tiñe y corrompe todas nuestras realizaciones y nuestros logros. Porque Jesucristo es Señor, todo intento revolucionario que busca darle al hombre su debida dignidad de persona, tanto en lo económico, como en lo social y político, encierra en sí la promesa de una verdadera libertad, de una real independencia nacional, y ofrece una avenida para el desarrollo de las posibilidades culturales propias de una nación. La Iglesia se coloca en la mejor tradición profética cuando recuerda y predica constantemente que la búsqueda de la justicia es un fruto necesario, inevitable del Evangelio. Pero, porque el pecado tiñe toda realización humana, debemos recordar igualmente que toda acción que no se somete diariamente al juicio de Dios, tiende a degenerar en autocomplacencia y en nuevas formas de opresión. El peligro que toda revolución encierra, es el de la divinización de un héroe, de una idea, de un régimen, del mismo proceso revolucionario. De tal modo se encandila el revolucionario con una posición política, económica o social, que no quiere ver en ellas la influencia corruptora del poder y pretende encontrar en ella la solución última de

toda la problemática humana. La revolución se transforma en un ídolo, y el revolucionario está dispuesto a sacrificar a ella el holocausto de la vida y la dignidad humana en cuyo nombre hizo la revolución.

Esta ambigüedad de la historia y de las situaciones políticas, no debe ser, en manera alguna, excusa para la inacción cristiana. Por el contrario, esta misma ambigua realidad es la que exige su presencia y acción de cristiano en el mundo. La acción social, la vida misma, no permiten neutralidades cómodas que a la postre son —lo quiera uno o no— la defensa del *status quo*. Pero tampoco admite la neutralidad el mensaje mismo de Jesucristo. Ser neutral es traicionarle a él. Si Cristo no tuvo en menos entrar a la casa y compartir la mesa de pecadores y prostitutas, si no temió ser amigo de los celotes, ¿pretenderá el discípulo ser más puro que su Señor? El cristiano y la iglesia han de estar allí, en el mundo, al lado de quienes —en la difícil arena de las decisiones políticas— intentan vivir a la altura de un ideal de justicia social. Pero, precisamente allí, la iglesia recordará al revolucionario que no hay derecho de destruir un orden caduco que no vaya acompañado por la perentoria responsabilidad de construir uno nuevo; que el peso del sacrificio, del dolor, de la sangre y de las lágrimas, que una revolución trae aparejadas, sólo se justifica por la acción constructiva, inteligente, ordenada, racional y responsable que crea nuevas posibilidades, que instaure una verdadera libertad y justicia, y que ofrezca al hombre un sentido nuevo de su dignidad humana.

Llamamos a la Iglesia a una vida de oración y de diaria y profunda meditación de la Palabra de Dios, en las que pueda renovarse ella misma y recibir constantemente de Dios la potencia renovadora del Espíritu, sin la cual su testimonio será sólo palabra y no poder. Llamamos a la Iglesia a una profunda oración intercesora por los hombres que están en el gobierno, por los líderes políticos, por los dirigentes obreros, por los intelectuales, por la reconciliación nacional, por el progreso de la justicia y la verdad. Llamamos a las iglesias a una encarnación en los dolores y las esperanzas de la sociedad en la que viven. Las llamamos a un ministerio profético, cuya meta no es la propia supervivencia de la iglesia sino la afirmación del señorío de Jesucristo, cuyo trono fue una cruz y cuyo poder se ejerció de rodillas, sirviendo. Llamamos a los cristianos a una participación decidida y valiente en los asuntos de la comunidad. Llamamos a la Iglesia a rodear, con cariño y comprensión, a aquellos de sus miembros que luchan en la arena política o en otros sectores de la vida pública. Llamamos a la Iglesia a una tarea evangelizadora en una dimensión más amplia, que no sólo busque aumentar miembros en sus registros, sino aumentar el número de testigos presentes de Jesucristo, Señor del mundo, en el mundo. Llamamos a las iglesias y a los cristianos a vivir en la triunfante seguridad de que el mañana de nuestros pueblos está en las manos de Dios.

(“Noticias del Mundo Cristiano”. Servicio de Informaciones Ecuménicas. Montevideo, Uruguay).

LO QUE SE DICE DE NOSOTROS

“Se solicitó una ampliación de lo informado en cuanto a este proyecto y su prosecución futura. El Rev. Almir dos Santos dio cuenta de la imposibilidad de llegar a Cuba en su reciente jira, y se mencionó la posibilidad de encargar al Prof. Gustavo Velasco, de México, continuar los contactos con la Isla, en vista al viaje posterior de una delegación mayor de la Junta Latinoamericana”.

“Un segundo grupo llevará a cabo un estudio de las revoluciones consumadas en América Latina, a saber: México, Bolivia y Cuba, e incluyendo la pre-revolución brasilera, con especial referencia al descubrimiento de la base ideológica de estas revoluciones. El título propuesto: UN ENFOQUE CRISTIANO DE LAS REVOLUCIONES LATINOAMERICANAS. Este grupo trabajará bajo la dirección de Richard Shaul, quien buscará el apoyo de colaboradores localizados en cada uno de los países comprendidos en el estudio, y aún en otras partes de la América Latina si lo creyere necesario”.

(Del INFORME DE LA Junta Latinoamericana de Iglesia y Sociedad, reunida en Buenos Aires el 22 de febrero de 1963).



“Hay algo que sucede en Cuba hoy que es más importante que el adoctrinamiento comunista, el materialismo y el ateísmo, esto es, el sorprendente desarrollo de la Iglesia Cristiana. Cada cristiano cubano está consciente de que ahora es el momento de proclamar su fe en palabras y en hechos. Ha sido establecido un intensivo programa de educación cristiana en las iglesias, que sustituye eficazmente la enseñanza religiosa que anteriormente se ofrecía en las escuelas diarias. Pero ésta es sólo una de las maneras en que la Iglesia cubana trata de cumplimentar su misión”.

(Mission Yearbook of Prayer, United Presbyterian Church, U.S.A., 1963, p. 251).



“Creo que uno de los hechos alentadores de la situación latinoamericana es que la Iglesia en Cuba ha sabido aceptar el desafío que le significó la Revolución. El Dr. Barbieri leyó ayer

párrafos de una carta de un ministro metodista, en la cual le describe el despertar laico que ha provocado la falta de pastores, y la hermosa respuesta que está dando la juventud al llamado... Me imagino —o, mejor dicho, sé— que algo similar está sucediendo en todas las denominaciones. Es algo que electriza... Por esto creo que debemos hacer más para estrechar contactos e intercambiar información sobre la marcha de la Iglesia en Cuba..."

Luis E. Odell,

Secretario Ejecutivo de la Junta Latinoamericana
de Iglesia y Sociedad. Buenos Aires, Argentina.



"Nuestra primera obligación es la de reconocer a una revolución cuando la vemos. Carlyle, en sus anales de la revolución francesa, cuenta de la noche cuando el Duque de Liancourt penetró en el apartamento real de Luis XVI para informarle de las actividades del pueblo francés en las calles de París. "¡Pero eso es una revuelta!", exclamó el ingenuo rey. "Majestad, contestó Liancourt, no es una revuelta: es una revolución" . . . Pero lo que resulta más difícil, sin embargo, no es tanto reconocer a una revolución, como considerarla *nuestra* revolución . . . Lo que más me molesta es la diferencia, en este punto, entre la Iglesia norteamericana y la Iglesia de los países donde ocurren revoluciones. El peligro está en que mientras las iglesias de otros países ayudan a producir las revoluciones, y se identifican con ellas, nosotros aquí en los Estados Unidos somos la fuerza conservadora que lamenta las revoluciones y se produce contra ellas . . . La Iglesia en los Estados Unidos está bajo un peligro específico, que no resulta tan amenazador en otras áreas de la tierra. El peligro principal está en que nosotros borramos fácilmente las diferencias que existen entre una Iglesia que es fiel a los principios del Reino de Dios y una sociedad que evidentemente no lo es . . . Nosotros tendemos a identificar el Reino de Dios con nuestros paganismos, con nuestra cultura secular . . . Nosotros tenemos que establecer la diferencia de naturaleza que existe entre el mundo y el Reino lo cual significa que tenemos que purificar a nuestra Iglesia. Y también significa que nuestro testimonio ha de producirse dentro de un marco universal, teniendo en cuenta *todo* el reinado de Dios. Porque en ocasiones pensamos de la revolución como los viejos solterones piensan del ma-

trimonio, que sólo reconocen como válido el que les dio el ser . . . Esto implica que tenemos que cambiar muchas cosas, entre ellas nuestro concepto de la mayordomía de las misiones. Yo estoy consciente de la incertidumbre que se apodera de nuestras congregaciones cuando les pedimos dinero para la obra misionera, fundamentándonos en razones equivocadas, o, por lo menos, sin establecer los argumentos correctos. Ello significa que tenemos que ayudar a nuestro pueblo a entender la misión de la Iglesia de Jesucristo como algo diferente a una zona de choque contra el comunismo. Yo estoy seguro de que el triunfo de Cristo hace innecesario el comunismo. Pero también estoy seguro de que si Cristo triunfara totalmente, y fuera aceptado por todos los hombres y los pueblos de la tierra, los cambios que habría en el sistema de vida norteamericano serían tan radicales como los cambios habidos en Rusia, China y Cuba. Debemos, pues, redefinir nuestro concepto de la mayordomía cristiana de acuerdo con la verdadera naturaleza de nuestra misión”.

(Dow Kirkpatrick, pastor de la Iglesia Metodista “San Marcos” de Atlanta, Georgia, U.S.A., miembro de la Junta de Misiones de la Iglesia Metodista. Artículo publicado en “World Outlook”).



EL MUNDO ESTA DE CAMBIO

El mundo está de cambio, y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y evolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob . . . y a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo eterno trae a los habitantes en esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro. Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas, por lo que no vemos las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla.

JOSE MARTI

¿LE HA GUSTADO NUESTRA REVISTA?

Esta es una muestra de lo que será

M E N S A J E

y se la obsequiamos gustosamente

Los números siguientes llevarán doble número de páginas, y, por consiguiente, más material de lectura). Si le parece bien, favor de contestar lo que aquí se propone:

- Acepto complacido este primer número de MENSAJE.
- Acompaño cheque o giro postal por \$1.50, que cubre los dos trimestres restantes de 1963 (a razón de \$0.25 cada número) y el año completo de 1964, a razón de \$1.00 los cuatro números.

Nombre:

Dirección postal:

Favor de devolver esta hoja, acompañada del importe correspondiente, a:

JAVIER NARANJO
APARTADO 57
MATANZAS, CUBA

IMP. HERALDO CRISTIANO - ESCOBAR, 310 - TELF. 7-1872

